

## DOMINGO Y UN DÍA CUALQUIERA

María de la Paz Esther Ordaz Miranda<sup>1</sup>

### Domingo

*Ella: para todo siempre hay una primera vez*

“Para todo siempre hay una primera vez...”, era la frase favorita de su madre. Y por vez primera, en 31 años, esas palabras cobraban importancia, vida, significado, bajo la forma de un nuevo placer, de una grata agonía.

Ella, pequeña y menuda, temblaba boca abajo sobre las sabanas tibias y suaves que cubrían el lecho de aquella habitación “¿Es tan fácil y tan sencillo poseer no sólo con la voz un cuerpo desnudo?”, se preguntaba, mientras el aroma de su sexo se mezclaba con el de su amado.

El descubrimiento de una nueva caricia, de un exquisito placer distinto, algo aún no experimentado, un miedo incontrolable pero a la vez deseable, aumentaba su ansiedad y le hacía convulsionar el bajo vientre.

Él, por su parte, aspiraba el aroma a hembra que ella desprendía, al tiempo que le acariciaba los hombros, las escápulas, mientras la lengua seguía el camino que le marcaba el canal de la columna vertebral hasta llegar a la cintura. Luego, detuvo la gentil caricia para sujetar fuerte y dulcemente, con ambas manos, su pequeña pelvis y de manera casi ritual elevar esa parte de la anatomía femenina hacia su sexo.

Todo estaba listo: era el momento. El movimiento cadencioso no se hizo esperar. Primero despacio, dando tiempo a que penetrara el glande. Después el resto, que se introdujo por completo casi de manera natural.

El descubrimiento de la tierra prometida, el hallazgo de un placer culturalmente prohibido se evidenciaba cada vez que las pequeñas nalgas de ella golpeaban y rebotaban en el vientre masculino, en la piel de aquel que por primera vez poseía esa tierra virgen y clavaba su estandarte en un nuevo mundo, desconocido, deseado, lleno de rincones inexplorados que, por fin, recibían la visita de un extraño, de un extranjero que, de ahora en adelante, se convertirá en un habitante, en un dulce y a la vez amargo habitual-habitante.

Besos, caricias, gemidos, pequeños mordiscos, jalones de cabello, tirones en el alma... Ambas pelvis en movimiento, desenredando el hilo del placer inexplorado... Todo era locura, capricho que a manera de deseo se cumplía.

Ella, con el rostro desencajado, extrañado y emocionado sobre la almohada permanecía inmóvil, sometida por completo bajo el enorme peso de aquel toro en brama. Era investida una y otra vez. Primero lento, muy lento, luego rápido, más rápido, cada vez más rápido, casi groseramente, sin tregua, sin obstáculos... Jamás opuso resistencia.

Todo sucedía en su interior. Cada segundo parecía una eternidad y, de pronto, una explosión de aromas desconocidos, aunados a un delicado perfume con sabor a muerte, dulzón, anunció la llegada de un nuevo y nunca antes experimentado orgasmo, que parecía maximizarse. La postura en la que se encontraban ambos cuerpos lo permitía. Acto seguido, los movimientos comenzaron a hacerse más lentos, más suaves, más humanos, menos bestiales. El visitante habitual fue retirado y la enorme estructura masculina, en un gesto infantil, se dejó caer exhausta, jadeante sobre el cuerpo delicado, mancillado y dolorido de ella, de su mujer, que yacía inerte, con la faz sobre la almohada, llena de placer.

Aquel domingo el sexo se volvió doloroso, delicioso. Y ese acto tuvo un nuevo significado que desembocó en una nueva forma de amar, de simbolizar. El secreto de un nuevo universo, el gusto que guarda la caricia platónica, le fue revelado. Y la frase favorita de su madre, "Para todo siempre hay una primera vez", cobró sentido por segunda ocasión.

## Un día cualquiera

### *Él: un capricho cumplido*

Hay muchas cosas que nacen del corazón y otras que nacen del deseo. Siempre había tenido clara esa diferencia. El acto realizado aquel día —llegar, por fin, a la unión corpórea más primitiva— tuvo un largo proceso, una gran labor de convencimiento, de reconocimiento. Por decirlo así, primero fue la propuesta, luego la explicación. El tacto, un dedo, la lengua, otra vez el dedo, un beso... El glande, la lengua, el deseo y el convencimiento empleado como un lubricante efectivo ya surtían efecto.

Siempre había sido igual, aunque no habitual. La lectura de un cuerpo femenino, igual a cualquier otro de la misma condición pero cualitativamente distinto, pero emocionalmente distinto, causaba en él una grata emoción. El sentimiento de aventura, de búsqueda y conquista, de sometimiento de aquella figura pequeña y desnuda que yacía boca abajo, con la cara clavada en la almohada, temblando, le recordaba la imagen de un libro intonso que esperaba ser abierto y devorado con sutileza, penetrado hasta el interior por su mirada lectora. Después de todo, se decía, la lectura de un cuerpo humano no difiere tanto de la lectura de un libro.

Toda esa atmósfera, la espera, lo convertían en un devorador de aromas capaz de transformar en literatura un placer distinto. Y eso era lo que deseaba: leerla, comerla, investirla una, mil veces, cual macho cabrío.

Aspirar el aroma a hembra que ella desprendía hizo que él, en un arrebato de deseo y poder, la sujetara de los hombros, reafirmara su objetivo, cumpliera su capricho, le quitara ese pequeño pedazo de terruño virginal que jamás antes había sido explorado, tal vez por pena, o por asco, o por ignorancia, qué importa.

Para él, lo principal era experimentar ese placer privilegiado, selecto, no privativo de amantes de su mismo sexo. Aquel placer que, paradójicamente, lo haría sentir más hombre, más macho. Sabía que podría entrar y salir cuanto quisiera de ese orificio otrora cerrado,

nuevo. Que pronto se expandiría y tendría el tamaño perfecto de su tótem, de su cetro de poder. Que no importarían los quejidos de ella, fueran de dolor o de placer. Que estaría completamente dominada, inmóvil bajo su enorme y gruesa estructura.

Besos, caricias, gemidos, pequeños mordiscos, jalones de cabello, pelvis en movimiento, ella temblado, él bufando... Todo era una locura, un capricho que a manera de deseo se cumplía. Ella, con el rostro desencajado, extrañado y emocionado permanecía inmóvil sobre la almohada. Él, por su parte, gozaba feliz, trémulo de placer. ¡Lo estaba consiguiendo! ¡Ella cedía: qué valiente! Él sabía que ella lo hacía no por deseo, como él, sino por amor. La tomó con dulzura por la cintura y con un movimiento suave pero firme, casi ritual, la condujo hacia su sexo y la atravesó múltiples veces. Primero lento, muy lento, luego rápido, más rápido, cada vez más rápido, groseramente, sin tregua, sin obstáculos... Él disfrutaba y ella no oponía resistencia.

De pronto, una explosión de aromas desconocidos, nuevos, embriagantes. Un “sí” a la vida presente en el sexo de ambos. Una nueva forma de intersubjetividad que, a manera de orgasmo y pequeñas convulsiones, los unía en un acto único y privilegiado. Dicho acto carnal simbolizaba la entrega amorosa de ella y el dominio autocomplaciente de él.

Los movimientos de él comenzaron a hacerse más lentos, más suaves, más sutiles, más humanos, menos bestiales. El ahora visitante habitual fue retirado y la enorme estructura masculina, en un gesto infantil, cayó exhausta, jadeante sobre el cuerpo delicado, mancillado y amado de su mujer, quien yacía, suave y llena de placer, con la faz enrojecida por la batalla.

Mientras ella recreaba en su cabeza la frase favorita de su madre, “Para todo siempre hay una primera vez”, él, con evidentes ojeras y una sonrisa entupida, se decía: “¡Muy bien maestro! ¡Uno, dos y tres por ti y por todos los hombres que han sentido este exquisito placer primitivo!”

### **Coda**

Los amantes son así: ansiosos. Sin pudor alguno se convierten en bestias o en ángeles a la hora de consumir el acto amoroso. Son siempre complacientes, dispuestos a someter su voluntad a la voluntad del otro. Después de todo sólo son humanos, demasiado humanos, al fin y al cabo personas. En cada beso, en cada tacto, en cada mirada, gemido, suplicio o maldad se conforman como seres únicos, valientes, capaces de amar y ser amados, dispuestos a dominar y ser dominados. Finalmente, lo único que intentan es ser felices dentro y fuera de las sábanas.

---

<sup>1</sup> Licenciada en Filosofía y candidata a maestra en Filosofía en área de metafísica y ontología con especialidad en ontología por la UNAM. [maria.ordaz@itesm.mx](mailto:maria.ordaz@itesm.mx) / [mariadebruno@hotmail.com](mailto:mariadebruno@hotmail.com)